

yo no me arrepiento. Falta saber si habiendo obrado de otro modo, no nos habria arrastrado á su dominio imperceptiblemente, no nos hubiera habituado á obedecerle á ciegas, no nos hubiera confundido desde un principio entre sus filas con los demas pueblos que le servian postrados, ni nos hubiera atado y corrompido de tal modo que el sentimiento nacional se hubiera disipado, y al intentar pouer á España la coyunda no hubiera hallado á nadie que sacudiese la cabeza. Yo logré por lo menos, nadie me quitará esta gloria, que mi querida pátria atravesase aquella edad de incendio, y de revoluciones y trastornos, sin alterarse su elemento; su nacionalidad intacta, su patriotismo puro como un oro coronario sin ninguna mezcla de las que corrompieron á otros pueblos, de las que los doblaron, fuese á la democracia de la república francesa, ó fuese á la autocracia del imperio (1).

(1) He aquí acerca de esto un testimonio que han dado á esta verdad los autores mismos de la *Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte*, que he citado ya diversas veces: « Bonaparte, dicen, dando crédito á observadores superficiales y á las pinturas » inexactas de nuestras costumbres que le hacian sus » agentes, creyó, por su desgracia y por la nuestra, que » la España contenia un cierto número de hombres de- » seosos de innovaciones y reformas que fovorecerian de » buena fé su usurpacion, mientras que el pueblo, masa » crédula y estúpida, se entregaria con sumision y sin » exámen al impulso que le darian las clases superiores.

Vino en fin nuestra hora: Dios visitaba entonces en su ira todos los pueblos de la Europa. Debe tenerse en cuenta aquella época en que ninguno se escapaba del azote; mas recio sobre aquellos que habian sufrido menos en los períodos anteriores. Dios castigaba los errores y el desacuerdo de los

»Sin que pueda dudarse, la España deseaba las reformas, pero no las de un usurpador extranjero que miraba á los hombres con desprecio, y se reía de los principios mas sagrados del derecho de los pueblos. La instruccion estaba mucho mas extendida en España de lo que se creia generalmente; el pueblo, aunque sinceramente religioso, no era ni estúpido, ni fanático, ni supersticioso. Las perniciosas doctrinas que desmoralizaron á otros pueblos y derribaron sus gobiernos, no se habian esparcido entre nosotros; los nombres de patria, de religion y de monarca se hallaban respetados; y si en las grandes ciudades se encontraban mas ó menos ejemplos de inmoralidad ó de molicie, la gran masa de la nacion conservaba las virtudes antiguas y severas de nuestros abuelos y alimentaba en sí misma el gérmen del heroismo que se desenvolvió con tanta gloria.» (Pág. 142 de la traduccion francesa.) Los autores de esta obra no intentaron contar esto en favor mio; mas si despues de quince años de mi influencia ó de mi mando que ellos decantan haber sido omnipotente, la nacion española conservaba sus costumbres y su pureza de principios, algo debía probar en favor mio esta conservacion que fué tan rara en otros pueblos tan bien morigerados como el nuestro. Cuéntenlo Nápoles, la Bélgica, el Piamonte y Roma misma; cuéntenlo la Alemania, la Holanda y la Suiza, Bonaparte no halló mas dique en todo el continente que la España.

hombres lo mismo que sus culpas. Cuando movia sus tropas Alejandro para acudir al rey de Prusia, como supiese los esfuerzos que hacia Napoleon para atraer al Turco á su alianza, en vez aquel de hacer al gran señor un buen partido y de ganarle contra los franceses aun cuando hubiera sido á costa de algunos sacrificios, invadió como en prenda la Valaquia y la Moldavia y fomentó disturbios en la Servia. De este modo, en lugar de atravesar las pretensiones del emperador de los franceses, le hizo mas fácil traer la Puerta á su partido. Declaróle la guerra el Turco sostenido por la Francia; vióse Alejandro precisado á sostener dos guerras y á pelear con los franceses desigual en fuerzas. ;Grande ocasion á los Ingleses para hacer negocio so pretexto de obligar la Puerta á deponer las armas contra Rusia y á romper con los franceses! Mientras tanto no peleaban los ingleses en el gran teatro de la guerra, parecian hacer algo, y tanteaban para ellos los Dardanelos y el Egipto. Frustrados en su intento y humillados en la una y la otra parte, no por eso acudieron á sostener sus aliados en el Oder ó en el Vístula; pero en Constantinopla los vengaron los genízaros y el mufti. Selim III fué arrojado de su trono, despues asesinado, sus consejeros y ministros degollados. Constantinopla fué teatro largo tiempo de crueldades y de reacciones espantosas.

El rey Gustavo IV, que en la ocasion mas decisiva de la campaña de Polonia pactó una tregua con

la Francia, y que allanó de esta manera la conquista de Dantzick y los progresos y victorias del emperador de los franceses, cuando ya todo se ha acabado, cuando los dos emperadores estan juntos y se abrazan, denuncia el armisticio y desafía á la Francia victoriosa. Verdad es que los ingleses le han movido y ofrecídole un ejército; pero este ejército no llega. La vanguardia alemana que le enviaron para muestra, y que guardaba á Rugen, tiene luego la órden de evacuar aquella isla para acudir á la invasion horrible que dirigen los ingleses contra Copenhague: la Suecia se halla sola, y el infeliz Gustavo comienza la carrera de miserias é infortunios que deberán costarle la corona. La Pomerania es conquistada por la Francia: Alejandro no es ya su amigo y aliado, y tomará su parte de un convenio inicuo en la Finlandia.

La Dinamarca, en tanto, inofensiva á todo el mundo, neutral con Francia, neutral con Inglaterra, es deseada de ambas partes. Napoleon la respetaba todavía y se tardaba en obligarla á figurar en la palestra. El ministerio ingles no se detiene ni se esconde de dar á Bonaparte una leccion de atrocidad y de barbarie. La capital de Dinamarca está casi indefensa, Dinamarca no teme nada de Inglaterra; temia de Bonaparte. El grueso de sus fuerzas cubria en el continente el Holstein y la Jutlandia. He aquí pues, el gabinete ingles, ó temeroso, ó pretextando estarlo, de que Napoleon tentase sojuz-

gar á aquel estado neutro y le obligase á entrar en su alianza, resolvió, no el impedirlo, no el socorrer y reforzar la Dinamarca con un ejército británico y pelear en favor suyo si llegaba el caso, sino dejando al enemigo el continente en donde habia peligro, invadir la Zelandia inaccesible á los franceses, amenazar á Copenhague y requerir á aquella corte su marina: dijéronle que en prenda hasta las paces generales. Rehusada esta demanda ignominiosa, la improvista ciudad fué acometida y debelada por veinte mil ingleses, sus edificios incendiados, sus astilleros y arsenales destruidos, su armada entera arrebatada. Jamas un enemigo fué tratado ni con mayor rigor ni con igual bajeza que la inocente Dinamarca lo fué entonces por la Gran Bretaña; primer ejemplo de esta especie en los anales de los pueblos cultos, hazaña digna de los Vándalos (1). Despues se retiraron, dejaron á merced

(1) Por un refinamiento de crueldad fueron empleados contra Copenhague los cohetes á la Congreve, y el autor de este infernal invento fué á emplearlos en persona. Hasta seiscientos edificios fueron incendiados y entre ellos la iglesia de San Nicolas, donde estaba el panteon de las grandes familias históricas de aquella ilustre monarquía, las viejas armaduras de sus antiguos héroes y sus reliquias venerables. Todo el nuevo arsenal lo destrozaron los ingleses, rompieron los puentes, destruyeron las bombas despedazaron las máquinas; los pertrechos navales que no cupieron en sus naos los arrojaron á las aguas, desmantelaron el lazareto, saquearon el hospital de San Juan; los

de los franceses aquel reino; no osaron ni asomar al continente y ocupar sus puertos.

Cuento estas cosas ya olvidadas á fuerza de sabidas, por recordar á mis lectores, y á los de España mayormente, cual fué aquella estacion de violencia y desórden que empedernieron en la Europa, y en el mundo todo, la Francia y la Inglaterra. Ni mas fé, ni mas pudor, ni mas respeto á nada, ni mas temor de Dios ni de los hombres en la obstinada lucha de aquellas dos potencias; todo es hollado y oprimido ó devastado donde quiera y de cualquier modo que se puedan hacer daño, donde quiera que cada una, bajo cualquier pretexto, pueda aumentar sus fuerzas y agrandar su imperio. Quedaba aun Portugal, que vivia en paz con las demas naciones hacía ya cerca de seis años, el Portugal.... la piedra de tropiezo de la España que la piedad de Carlos IV se negó á quitar de en medio. Avisos, y consejos, y advertencias, y ruegos porfiados, he aquí lo que se hizo, y todo en vano, durante los seis meses de la campaña de Polonia. Tenia tiempo sobrado el gabinete lusitano para fortalecerse en sus colonias y recoger sus naves, asegurar sus intereses, y sacudir el yugo de la Inglaterra. No lo hizo. La

archivos de la marina los quemaron. Los daños y las pérdidas que sufrió la Dinamarca en tamaño desastre fueron regulados en treinta y seis millones de thalers, á poca diferencia, cuatrocientos setenta y siete millones de reales.

paz de Francia y de la Rusia estaba hecha, y aun se dudaba en Portugal que fuese cierta, ó que al menos no hubiese entrado en ella la Inglaterra. Cuando oyó la verdad de boca de esta, no era tiempo de desprenderse de sus garras; ninguna cosa estaba preparada. Un momento no obstante pareció prestarse el ministerio portugués á los consejos de la España; y aun llegó hasta á adoptar el borrador que se extendió en mi cuarto de un manifiesto decoroso, bien medido y bien fundado, que no hiriese enteramente á la Inglaterra ni al Portugal lo rebajase (1). Debía decirse en él que Portugal, nacion pacífica y amiga de las demas naciones que componian con ella la soberanía del continente, atendido el estado de la Europa, no podia menos de agregarse en sus medidas de política al mayor número de aquellas, y bajo tal concepto, de adherirse plenamente á los oficios y loables intenciones con que el emperador de Rusia iba á constituirse mediador entre la Francia y la Inglaterra; que no obtenido el logro de estos oficios amigables y seguida la guerra entre las dos potencias, por su propia tranquilidad y por respeto á los demas estados influentes de la Europa, se hallaria

(1) Esta minuta fué trazada de comun acuerdo con el conde de Ega, embajador de Portugal, por quien no quedó nada que no se hiciese á fin de persuadir á su gabinete de la necesidad de apartarse de la Inglaterra, y evitar cuestiones con Francia.

precisado el príncipe regente, no sin mucha pena suya, á interrumpir sus relaciones con la Gran Bretaña, y á seguir aquel sistema que en final resolución se adoptaria en el continente por las potencias grandes, interesadas en las paces; que sus estrechos lazos de amistad y de familia con España no podian permitirle por mas tiempo parecer indiferente á la obstinada guerra que se le hacia en América, que esta guerra dañaba tanto al Portugal como á la España, visto el designio de la Gran Bretaña de sublevar aquellos pueblos contra su metrópoli, lo cual verificado que pudiese ser en los estados de la América Española, ofreceria un ejemplo peligroso en las colonias portuguesas; que ademas, los sucesos ulteriores y los diversos compromisos que podria ofrecer el continente si no se realizaban las paces generales, no tardarian en impedir que las potencias menos fuertes pudiesen ser neutrales, y que obligado el Portugal, cual podria verse, á la penosa alternativa de tomar parte en la querrela ó por la Gran Bretaña, ó por la Francia y sus amigos y aliados, el príncipe regente no haria bien en separarse del sistema de los otros pueblos, ni podria mucho menos resolverse á pelear contra la España, á quien, despues de tantas relaciones de amistad y parentesco que le ligaban en su obsequio, era tambien deudor de aquella paz que habia gozado y que gozaba con la Francia; que llegado á un extremo de quebrar con la Inglaterra ó con la España, la

moral pública, su honor, la quietud de sus reinos y su seguridad tambien, le obligaban á unirse con la última y á correr con ella igual fortuna próspera ó adversa; que sus votos eran la paz que la fortuna de la Francia acababa de conseguir en todo el continente, sin que ninguna otra provincia se opusiese á ella, y sin que la Inglaterra tuviese ya mas medio de estorbarla; que estaba decidido á soportar mas bien quebrantos en los mares que á tenerlos en su propia casa y exponerlo todo á la ventura de una guerra territorial y destructora sin ningun motivo por su parte de lanzarse en ella; que llegadas en fin las cosas al extremo de proseguir la Gran Bretaña guerreando contra España y Francia, le era forzoso declarar que se uniría con ellas, y que por mas dolor que le costase renunciar á las antiguas relaciones de amistad y buena inteligencia que mediaban entre el Portugal y la Inglaterra, el interés comun del continente le haría seguir el mismo rumbo de política que adoptarían en contra de ella los demas pueblos de la Europa.

Bien que el ministerio portugués se encontrase dividido en dos partidos, uno en favor, y el otro en contra de Inglaterra, estuvo ya resuelta esta virada de política que debía poner el Portugal en guarda contra las presuntas intenciones y designios del emperador de los franceses. Mas era necesario no tardarse, y aquí estuvo la desgracia. Lord Strangford, embajador inglés cerca de aquella cor-

te, fuera que hubiese presentido lo que se trataba en el consejo del príncipe regente, fuese mas bien que alguno le avisara, hizo esparcir la voz de que el gobierno inglés iba á aceptar la mediacion del gabinete moscovita y que por dar la paz al mundo estaba decido á consentir los sacrificios que fuesen compatibles con el honor británico. Aquella especie era probable; en la misma Inglaterra se creyó por muchos que adoptaria el gobierno aquel partido y tomaria descanso y tiempo. Preguntado lord Strangford acerca de esto por los ministros portugueses, y confirmada aquella voz por sus respuestas positivas, se creyó en el consejo que la medida ya acordada no era urgente, y que seria prudencia diferirla y ver venir las cosas. ; Triste fatalidad de la prudencia humana, que yerra á veces mas que la temeridad y la osadía! Cada momento que pasaba en esta indecision del gabinete lusitano ganaba el enemigo una jornada. Pasáronse los dias, los dias contados que faltaban para empezarse ó no empezarse el nuevo drama trágico que los destinos empujaban, drama sangriento y espantoso en muchos actos, en que el gran protagonista, mas parecido en su poder á un personage fabuloso que á un personage histórico, despues de haber causado tantas ruinas, debia encontrar tambien la suya para llorarlas todas solitario en medio de los mares.

No bien Napoleon habia llegado, desde el Niemen hasta el Sena, cargado de trofeos, y ensorde-

cido por los vítores y aplausos de amigos y enemigos postrados igualmente ante su carro victorioso, no descansado todavía de los afanes y tareas de la campaña laboriosa de Polonia, cual si ninguna cosa hubiese hecho mientras que le faltaba alguna cosa deseada, pronto, una nota á España convidándola á ayudarle y tomar parte en el gran golpe que intentaba contra los ingleses de sustraer el Portugal á su influencia y su comercio. Se han engañado los que han dicho que aquella nota fué violenta; no, su intencion no fué alarmarnos. Se hablaba en ella de la urgencia de estrechar á la Inglaterra por cuantos medios fuesen dables para lograr las paces generales, de las medidas simultáneas que se habían tomado á este fin por todas partes cerrando el continente á los ingleses, del interes de España en estas cosas y de los medios amigables que podria emplear para atraer al Portugal á su alianza y hacerle entrar en el sistema de la union continental contra la tiranía británica; decia que el interes mal entendido de un pueblo tan pequeño en divergencia de política con la mayoridad de los demas estados de la Europa no podia tolerarse por mas tiempo; que por condescendencia hácia su magestad católica, y por afecto á su persona, se resignó el emperador, hacia seis años, á tratar con Portugal y hacer la paz con aquel reino; que por igual motivo, rota ya la paz de Amiens y atacada la Francia nuevamente por la Gran Bretaña, consintió su magestad que el

Portugal quedase neutro como España, que el Portugal habia gozado de este beneficio aun despues que la Inglaterra acometi6 á la España alevemente, siendo mucho de reparar y de quejarse que en tales circunstancias hubiese sido indiferente á los agravios que sufría la España, por cuya proteccion se habia librado hasta tres veces de las armas de la Francia; que no tan solo habia vivido tanto tiempo en esta indiferencia, sino que votado enteramente á la Inglaterra aquel gobierno, y sin ningun respeto á los deberes de un pais neutro, habia prestado asilo y asistencia en el Brasil á las escuadras enemigas que invadian á Buenos-Aires; que el Portugal, en tanto que se hallase en relacion con la Inglaterra, por egoismo ó por flaqueza, seria siempre su instrumento para dañar á España y Francia; que esto debia acabarse; que en la crisis en que se hallaban los negocios de la Europa, bajo ningun concepto y por ningun motivo desistiría el emperador de su resolucion, tomada ya definitivamente, de reducir el Portugal á su sistema de política; pero que deseando no hacer uso de sus armas sino en el caso extremo de negarse aquel gobierno á la demanda de la Francia, y proceder tambien en mútuo acuerdo con su magestad cat6lica, habia determinado invitarle á interponer su persuasion y su influencia con la casa de Braganza para el efecto deseado, ó bien á unir sus armas con las del imperio para conseguirlo, en el caso, no fácil de creerse,

que el príncipe regente se negase á los oficios amistosos de las dos potencias: bien entendido todo esto, concluía, que el emperador no admitiría partidos medios que el gabinete portugues podría ofrecer para salir del paso sin romper enteramente con la Gran Bretaña, y que su intento era exigir de aquel gobierno conformarse en todo, y á la letra, á las medidas rigorosas adoptadas contra la Inglaterra por su decreto de Berlin del 21 de noviembre.

Tal fué en sustancia aquella nota, y tal el artificio con que Napoleon disimulaba sus proyectos. Venida de otro hombre contra el cual no hubiesen existido tan graves prevenciones y recelos como su ambicion causaba, y sin que hubiese habido antecedentes de su ánimo doblado, nadie habria hallado que temer de aquella pretension, ni habria sabido desecharla por inmoderada ó por injusta. El Portugal, era verdad, nos era infiel en el Brasil, y lejos de mostrarse en favor nuestro, ayudaba (pasivamente por lo menos) á la Gran Bretaña en el empeño de robarnos las provincias de la Plata. Los Araucanos y los Pampas tomaban parte por nosotros, mientras que el Portugal; con tantas relaciones y motivos para sernos favorable, contrastaba con la honradez y la virtud de aquellas fieras tribus, dando asilo y surtiendo á los ingleses. Tal modo de olvidar á un pueblo hermano suyo y al que fué su escudo tantas veces, mirarle expuesto mas de un año á sucumbir al enemigo en aquellas

regiones tan distantes, y no tan solo no asistirnos, sino amparar á la Inglaterra en sus estados, era mas que flaqueza y egoismo, era una infamia. Despues de esto, la guerra de los mares, no provocada por nosotros, nos afligia y depauperaba despues de largos años sin ningun desquite contra el poder insuperable que ejercia la Inglaterra en su elemento: sustraer el Portugal á su influencia y su comerciô, era hacerle una herida en sus entrañas y dar un paso mas para obligarla á hacer las paces, y quitar á Bonaparte la ocasion y los pretextos de acometer mas aventuras. Digo esto por aquellos, que sin vituperarle por haber propuesto y requerido aquella empresa, han argüido á nuestra corte de una injusticia escandalosa por haberla consentido. Lo he escrito ya otra vez y lo repito: Cárlos III, rey de España, y Luis XV, rey de Francia, aun con menor motivo, medio siglo antes, combinaron sus fuerzas y emprendieron forzar al Portugal á entrar en su alianza y renunciar á la Inglaterra, sin que nadie los arguyese de injusticia. Y si á injusticias y violencias iba, ¿quién como la Inglaterra daba la iniciativa y el ejemplo, no de injusticias y violencias ordinarias, sino de atroces é inauditas en los fastos de los pueblos cultos! Bastaba lo que hizo con nosotros en 1804, y las trescientas víctimas que ardiéron navegando en plena paz, primera voz de guerra que nos dió aquel pueblo. No era injusto dañar á la Inglaterra por cuantos medios fuesen dables;

el mal no estaba en esto; el mal era la diferencia entre Luis XV y Bonaparte. Se habrían podido perdonar á los ingleses todos los agravios en aquellas circunstancias, y valia mas haber dejado el Portugal á su albedrío, que combatirlo y someterlo en compañía con aquel hombre peligroso; mas la España no era ya libre para obrar como quisiera.... la culpa no fué mia.... se desoyeron mis consejos, se perdió el tiempo mas precioso, el tiempo único.... no habia ya entonces en aquella actualidad, del uno al otro extremo de la Europa, quien le chistase á Bonaparte.

Fácil será de concebir con qué eficacia se trabajó por parte nuestra para mover al gobierno Lusitano á conjurar la gran tormenta que amenazaba á la Península. Quince dias antes, si hubiera puesto por la obra el plan que habia adoptado, Napoleon no habria tenido que decirle: infelizmente diferido aquel gran paso, Napoleon ganó su tiempo aun sin saber que lo ganaba; tanto importa no detenerse cuando se intenta alguna cosa que interesa en gran manera y se ha pensado lo bastante. En política como en guerra, no hay que dejarle tiempo al enemigo; la indecision y la tardanza y la pereza de los ánimos para arrojarse á obrar y aventurarse en los instantes críticos, fueron en mucha parte la ocasion de las victorias y de los grandes logros del emperador de los franceses. Perdido en fin por el gobierno portugues el tiempo favorable para evitar en-

cuentros con aquel hombre tan temible , perdida la ocasion de haber salvado tan siquiera la apariencia de obrar de acuerdo propio , con un motivo tan plausible para Bonaparte como adherirse y agregarse á los esfuerzos que debian hacerse por la Rusia y por la Francia para lograr la paz marítima y la tranquilidad del continente, no le quedaba ya que hacer sino salvar la material independendencia , la inmunidad del suelo pátrio que aun se encontraba intacta. Dura cual fué la intimacion que se le hizo por parte de la Francia de declararse en dias contados contra la Inglaterra (1), de confiscar las mercancías inglesas, de poner en prision en clase de rehenes á todos los Ingleses que habitaran el reino, y de ayudar con las escuadras portuguesas á la guerra, no llegó Bonaparte hasta el extremo de pedir, como pudiera haberlo hecho, que se admitiesen tropas extranjeras para guardar los puertos. Uno de sus ministros quiso añadir esta exigencia, y él se opuso: estaba en los principios de su nueva empresa, y caminaba paso á paso con reserva, la habilidad y el arte del ministerio portugues hubiera estado en sortearlo y hacer nula aquella tentativa. ¿Era contra el honor de aquel gobierno ceder á mayor fuer-

(1) La nota del encargado de negocios del imperio frances fué presentada en 12 de agosto: el término dado al gobierno portugues para conformarse ó no con las pretensiones del emperador, fué el 1.º de setiembre.

za que la suya , y conceder aquello que no podía negarse sin exponerse á una gran ruina? Pero el primer deber de una potencia endeble en colisión con una grande es el poner á salvo su existencia y conservarse. Sus alianzas son sagradas mientras los aliados la protejan y puedan protegerla con esperanza de buen éxito ; pero exponerse á perecer por mantener su fé al aliado que no quiere ó que no puede libertarla, podrá ser un fanatismo de amistad , mas no un consejo de política. Nada es primero para un pueblo que mantener su propia vida; despues son los deberes con los otros pueblos. ¿ Y por ventura la Inglaterra obraba de otra suerte? ¿ Enviaba entonces sus escuadras y un ejército para sacar al Portugal de aquel aprieto? Y si Inglaterra misma no protegía sus propios súbditos en aquel reino , ¿ era un deber del Portugal sacrificarse en favor de ellos?

Fué la mayor desgracia, que el gabinete portugues formó la idea de que la Francia pedia mucho para obtener lo mas preciso , y que era fácil transigir y contentarla con ofrecerse á lo pactado con la Francia por el tratado de Madrid de 29 de setiembre de 1801, que era cerrar sus puertos á los navíos ingleses y no prestar ningun auxilio á la Inglaterra ni á ningun enemigo de la Francia: el ministerio portugues no conocía la diferencia de los tiempos. Mientras se daba esta respuesta corria el término fatal del mes de agosto que Bonaparte

habia fijado, y se reunian las tropas que mandó juntar desde un principio en la Gironda. Llegado el fin del plazo, aun pudo nuestra corte conseguir que se alargase á quince dias; cumplido este segundo, aun conseguimos otros quince, declarando Napoleon que era ya el postrer plazo irrevocable: á su enviado le mandó pedir sus pasaportes si, llegado el 3o de setiembre, no se hubiese accedido á su demanda por entero. Nada quedó por nuestra parte que no se hubiese hecho por atraer al Portugal, si quiera de por tiempo, á su interés y al nuestro. Mas de una vez escribió el rey de propia mano al príncipe regente y á su hija la princesa; la reina María Luisa le dirigia tambien sus cartas con toda la vehemencia de su espíritu; pero era mucho mas el predominio de habitud que ejercia la Inglaterra en los consejos de aquel príncipe. No atreviéndose á obtemperar aquel gobierno á la demanda de la Francia de arrestar á los ingleses, de confiscar sus mercancías y secuestrar sus bienes, se resolvió á mostrar su situacion á la Inglaterra y á preguntarle si podria auxiliar al Portugal con medios suficientes para hacer rostro á Bonaparte y defenderse. La Inglaterra le respondió no ser posible en aquel pronto desprenderse de sus tropas; que mas tarde, y no muy tarde, podria hacerlo, qué procurase entretener, que la Inglaterra consentia entre tanto á que cediesen cuanto á cerrar sus puertos y cortar las relaciones entre los dos paises, mas declarando al

mismo tiempo que si el gobierno portugues llegase hasta el extremo de auxiliar con sus naves á la Francia, ó de tocar á los Ingleses en sus personas ó en sus bienes, le trataria como enemigo con todos los rigores de la guerra. De aquí la hesitacion en Portugal, la confusion en los dictámenes y aquellas tentativas de bordear á un mismo tiempo entre dos vientos encontrados. Entre tanto ponian á salvo los Ingleses sus caudales y preparábanse á la huida para el caso en que llegara á realizarse la invasion amenazada. Napoleon lo supo todo, y le sobró pretexto para airarse y resolver la guerra.

Ningun político, creo yo, podrá vituperarme de que en tan graves circunstancias, tan perentorias, tan premiosas, no hubiese yo intentado hacerle frente. Aun quando hubiera yo querido, ni el rey ni nadie me hubiera sostenido en tal intento, visto que nadie me sostuvo quando era tiempo hábil y pudo haberse obrado á nuestra entera anchura. No hay ninguno que ignore cual era entonces la situacion de Europa, cual el poder de Bonaparte en aquel tiempo. Sobre temeridad; hubiera sido necedad ó insania presentarle una ocasion de combatir á los Borbones en una guerra provocada por nosotros, por mas justa que esta fuese. Qué mas habria querido Bonaparte que poder decir al mundo, como lo habria dicho: «Yo no queria la guerra, la España la ha buscado. ; Cuando pensaba hacer por » mi aliado Cárlos IV grandes cosas, vengarle sus

»agravios, domar el Portugal en favor suyo, tomar
»prendas y rehenes contra los ingleses que atacaban
»sus estados en la América, hacerle muy mas gran-
»de y ensancharle sus dominios, me ha recibido
»como enemigo con las armas en la mano! La fami-
»lia de los Borbones es incorregible y se hace in-
»compatible con la Francia; la Inglaterra ha hecho
»de ellos su postrer instrumento para impedir la
»paz del continente. » Ciertamente lo habria dicho,
y habria encontrado el mejor logro á sus deseos. Y
si la España, sola enteramente contra el gran colo-
so, hubiera sucumbido y hubiera sido derrocado
Cárlos IV, ¿qué habria dicho de mí el mundo, ó
de cualquiera otro que hubiera ocasionado en tan
difícil coyuntura tal catástrofe?

Tal vez me opondrá alguno que me faltó la
confianza que pudiera haber tenido en la lealtad y
el carácter de la España; que invocada en aquel
conflicto la Inglaterra no habria podido menos de
acudirnos, y que unidas la España, el Portugal y
la Inglaterra, pudiera haberse resistido á Bonapar-
te, como despues al cabo de ocho meses, en posi-
cion muy mas difícil, fué visto levantarse como un
solo hombre la nacion entera, y resistirle y pelear
y sostener su independendencia á todo trance hasta la
total ruina del tirano. ¡Oh! yo responderé que sin
haber tenido una gran fé en el aliento, en la leal-
tad y en el carácter nacional de mi querida pátria,
no habria intentado apellidarla un año antes y aso-

ciarla á la lucha á que se apercebían los príncipes del Norte, solos nosotros con el Portugal al otro extremo de la Europa. El que entonces, sin mas motivo que un temor remoto de intenciones vagas que se dejaron entrever por Bonaparte, le quiso hacer la guerra, mucho mas bien habria querido hacerla cuando arreció el peligro y se cumplian sus previsiones. ¿Pero fué tiempo entonces y podia hacerse en el momento lo que despues se hizo con tan grande gloria de la España? El que quiera juzgar imparcialmente acerca de esto, es necesario que se ponga y se coloque justamente en aquellas mismas circunstancias en que se hallaba entonces el gobierno; que reflexione y tenga en cuenta aquel bloqueo moral en que nos vimos, el tropel de sucesos y de urgencias que precipitaba Bonaparte, los colores y los pretextos con que disimulaba sus desig-nios y el estado de la opinion entre nosotros, tan favorable cual le era en aquel tiempo. Sucedian estas cosas cabalmente cuando Escoiquiz é Infantado conchababan á escondidas con el embajador francés las bodas imperiales; y cuando sus agentes é instrumentos trabajaban en el reino por destruirme á mí del todo en el concepto público, y levantar á Bonaparte hasta los astros. Estos manejos se ignoraban; mas víanse los efectos; nadie pensaba mal de sus proyectos; los mas se figuraron ó creyeron que queria partir sus glorias con nosotros, y que se proponia recompensar al rey de España su alia-

do el mas constante , como habia hecho en Wittenberg, en la Baviera y en Sajonia con aquellos electores. ¿De qué manera me era dable combatir esta opinion y destruirla en un momento? ¿Haciendo acaso un manifiesto? Pero las tropas imperiales se acercaban á Bayona, y disponia Napoleon de poco menos de un millon de hombres derramados en la Europa sin tener en que ocuparlos , toda la tierra sometida y acallada. Fuera de que , dificilmente el solo dicho del gobierno habria bastado á trastornar en un instante la opinion del pueblo. Mis enemigos habrian dicho que era un invento mio, y que queria perder la España por servir tal vez á la Inglaterra. Para cambiarse la opinion de que gozaba entonces Bonaparte , fué necesario que los españoles , tan leales, tan sinceros, tan firmes en sus pactos, se encontrasen á ojos vistas engañados, cautiva la familia entera de sus reyes , y manifiesta la cadena que intentó ponerles el gran hombre que admiraban. Yo propio me argüia á mí mismo algunas veces contra mis dudas y recelos pareciéndome imposible que el vencedor de Europa á fuerza de armas , tan poderoso y tan valiente, viniese á conquistarnos con mentiras y perfidias. En la duda no obstante, y por pequeña que ésta fuese, no hubiera habido medio alguno que, á tenerlo, no hubiera yo adoptado en tales circunstancias para negar el paso á los franceses y resistir aquella empresa; entre los brazos mismos de Inglaterra me

habria puesto, si pudiera haber contado con su auxilio antes de que se diera á Bonaparte el sí ó el no definitivo. Pero el gobierno ingles, que tanto habria querido establecer su campo en la Península, no podia socorrernos al proviso; el Portugal le habia llamado inútilmente. Estaba entonces ocupada la Inglaterra en Buenos-Aires, en Egipto y sobre todo en la horrorosa hazaña de incendiar á Copenhague y de robar á Dinamarca su armada y su marina, abriendo el campo á Bonaparte, y dándole enseñanza, si aun le era necesaria, del abuso que podia hacerse de la fuerza contra pueblos neutrales é indefensos (1). Temió tambien la indignacion que causó en Rusia este atentado nunca visto (2), y temia mas que todo á Bonaparte. Su ministro Decrés habia salido á visitar los puertos de la Mancha, corria la voz de que Napoleon mandaba armar de nuevo la flotilla de Boloña, se ponía en movimiento la

(1) La expedicion contra Copenhague ocupó á la Inglaterra desde principios del mes de agosto hasta el 20 de octubre, en que las tropas inglesas se embarcaron y partieron las escuadras, consumada la destruccion de la marina danesa.

(2) La declaracion de la Rusia contra la Inglaterra fué publicada en 26 de octubre. El emperador Alejandro, unido con la Dinamarca, proclamó de nuevo los principios de la neutralidad armada. Pocos dias despues comenzó las hostilidades contra la Inglaterra embargando todos los bastimentos ingleses que se hallaban en sus puertos y ordenando el secuestro de todas las propiedades inglesas.

marina, y se hacian llegar tropas á aquel punto en ademan de renovar los antiguos campamentos. La situacion de la Inglaterra era muy grave y no podia atender sino á sí propia. Aun sin contar con la asistencia de las escuadras españolas (1), quedaban á la Francia todavía en Amberes, en Rochefort y en Brest treinta navios de línea, y diez ó doce por lo menos de la Holanda. Napoleon podia juntar muchos recursos de marina sobre el Báltico, contar tal vez con los de Rusia, obligar á la Suecia á entrar en su alianza, reanimar la Dinamarca y formar en el Norte una gran liga formidable. Los temores de la Inglaterra eran tan bien fundados, quanto mas era de creer que Bonaparte conoceria sus intereses, y sabria aprovechar el punto y la ocasion tan favorable de humillarla y obligarla á hacer la paz á cualquier precio. ; Quién podia imaginarse que malograda esta ocasion seria capaz de distraerse en aquel tiempo con los proyectos locos y fantásticos que formó sobre la España, y que querria enredarse al medio dia donde ninguna cosa amenazaba su po-

(1) La España tenia entonces en sus puertos de Europa hasta unos cien buques armados, entre ellos veinticuatro navios de línea y siete fragatas; desarmados, pero fáciles de aparejarse en la necesidad de hacerlo, veintiseis navios, veinticinco fragatas, y otros cien buques menores: total, doscientos cuarenta y un bastimentos, sin contar en ellos las fuerzas sutiles que guardaban nuestras costas.

der entonces! Calculando de esta manera la Inglaterra, hecha el horror del mundo en aquella actualidad por su conducta atroz contra la Dinamarca, sin ningun aliado en todo el continente sino el rey Gustavo IV combatido por la Francia, cerca tambien de serlo por la Rusia; mas que esto, amenazada de una guerra general que habria tenido, si Bonaparte hubiera sido sabio y cuerdo, le era imposible desprenderse por entonces de sus fuerzas y ocuparlas en otra cosa que en defenderse y en guardarse. Y vióse asi que ni aun al Portugal, en tan grande extremidad como se hallaba, se atrevió entonces á enviarle su socorro y ampararlo (1).

(1) La Inglaterra no disimuló á la faz de la Europa sus temores en aquellas circunstancias. Citaré sobre esto algunas frases del lord canciller cuando el rey prorogó en 10 de agosto el nuevo parlamento. « S. M. (dijo) »nos ha mandado aseguraros que está penetrado de un »grande sentimiento al considerar cuan desgraciada ha »sido la conclusion de la guerra del continente. La exten- »sion del poder é influencia de la Francia, y la intencion »que manifiesta de valerse de todos los medios y recursos »del pais que ocupa ó tiene bajo su dependencia, para »conseguir nuestra ruina, *nos dan á conocer el tamaño »del peligro en que nos hallamos, y las grandes dificul- »tades con que es forzoso batallar por lo presente. Pero »S. M. espera que el pueblo valiente y leal que gobierna »no dará entrada al temor y al desaliento, y que estará »dispuesto á cooperar con su gobierno á todas las medi- »das que podrán hacerse necesarias para desvanecer los »proyectos del enemigo contra la independencia de los*

Sí; la España se encontró sola, cual yo lo habia previsto y anunciado, cuando pudo salir á la palestra bien acompañada, y no se quiso. No habia por parte alguna donde volver los ojos para encontrar ayuda, no habia mas aguardar, no habia mas tiempo. Napoleon le daba con la espuela; el tercer plazo irrevocable, conseguido á duras penas, comenzaba, y el Portugal no lo creia. En tan estrecha situacion no nos quedaba mas recurso que atender

» dominios del rey, y para defender contra pretensiones
» injustas y confederaciones hostiles los derechos legítimos
» que desea ejercer con justicia y moderacion, pero á los
» cuales no debe renunciar jamas, puesto que en ellos se
» cifra el honor de su corona, y el verdadero interes im-
» prescindible de los pueblos.»

Este temor de la Inglaterra reinó en ella muchos meses y la empeñó, en medidas no ordinarias, de precaucion y de defensa; cuales fueron, la formacion de cuatro campamentos en Irlanda, el rigor casi entero de la ley marcial contra sus habitantes, la visita general de las costas de los tres reinos, las fortificaciones que se hicieron en todos los parages impugnables, el refuerzo de las escuadras en los mares de Irlanda y de la Escocia, las baterías flotantes que se construyeron para llevar auxilio á todas partes, y el alistamiento general de cerca de un millon de hombres. No respiró á su anchura la Inglaterra en aquel tiempo, hasta que al cabo de diez meses vió empeñado á Napoleon en la Península, á la garra, no ya con reyes y con ejércitos reglados y vencibles, sino con un gran pueblo enfurecido con la ira del honor y peleando de otro modo que los reyes. Entonces dijo la Inglaterra: «Allí es mi puesto y voy á estar segura.»

ya á nosotros mismos, ceder á Bonaparte y asegurarnos por lo menos con el ajuste de un tratado que no dejase nada á lo arbitrario, que fijase la condicion de aquella guerra que iba á hacerse, el número de tropas que deberian obrar de la una y otra parte, los gastos respectivos, el mando del ejército y las demas medidas que requeria aquel caso para el decoro de la España. Cuando entre dos potencias desiguales en poder no es dable resistir á la mas fuerte, no queda mas salud que transigir honrosamente y escudarse bajo la fé de un buen tratado. A la verdad, con Bonaparte no era una gran defensa la religion de los tratados; pero era con la España con quien debia empeñarse su palabra, y era á la faz del mundo, y se podia esperar al menos que el honor seria una valla que no osaria saltar el hombre á quien en tanto grado le importaba realzar su imperio nuevo por la moral de sus acciones. (1).

(1) Por mas evidente que resulte de cuanto dejo dicho la necesidad insuperable en que nos vimos de transigir con Bonaparte y acceder á su empresa proyectada, citaré todavía, en confirmacion de esta verdad, algunos pasages de la *Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte*; obra escrita, como otras veces he dicho, al paladar y bajo el dictado de la corte de Fernando VII despues de vuelto al trono, y cuyo principal objeto fué la defeusa de aquel príncipe en su conducta política, sin perdonar en ella ningun medio de culpar la mia por cuantos modos de herirme, de rebajarme y calumniarme pudieron inventar mis enemigos cuando no

Hallábase en París á la sazón don Eugenio Izquierdo, ocupado por nuestra corte en los negocios del empréstito de Holanda, y en las nuevas reclamaciones que se hacian contra el subsidio pecuniario, bajo ningun pretexto ya exigible despues que España habia enviado la division de tropas auxiliares que

habia nadie que pudiera responderles. Los autores de esta obra, que eran todos militares, despues de hacer un cuadro muy extenso del poder asombroso de Napoleon en 1807 y 1808, y referir los medios y recursos de la España fuera de toda proporcion para haber de medirse entonces sola con la Francia; para explicar, no obstante esto, el feliz y glorioso resultado que tuvieron luego nuestras armas, concluyen de esta suerte: «Cosa es de »estremecerse, volver atras la vista y considerar cual fué »en aquella lucha la desproporcion infinita de los comba- »tientes. Solo el furor de una guerra popular, en que »los sacrificios no se calculan ni se cuentan, en la que »nadie es responsable, en que no hay privilegios ni ex- »cepciones, donde todo lo puede el entusiasmo nacional, »y en la cual son todos inspirados y movidos por unos »mismos votos, un mismo fin y un mismo objeto, pudo »ser tal que alcanzase á balancear la guerra y superarla »entre dos potencias tan desiguales en poder y en fuerza. »Si el gobierno hubiera declarado la guerra á la Fran- »cia por sí solo, habriamos sucumbido: no hay militar »alguno juicioso y sensato que no esté penetrado de esta »verdad, que habemos demostrado por la sola situacion »comparada de las dos naciones.» (Tomo I, p. 114, de la traduccion francesa.)

No era por cierto la intencion de estos escritores de- fender la corte de Carlos IV, sino la de su hijo; mas de- fendiendo á éste, defendian mejor al padre sin pensarlo,

Bonaparte habia pedido. Puesto en relacion por este modo con los ministros del imperio, y gozando de antiguo la amistad de algunos de ellos, tenia tambien encargo de observar con gran cuidado los sucesos y de explorar con discrecion, por cuantos medios alcanzase, la direccion de la política francesa.

cuando dicen mas adelante de esta suerte: « No es sin » utilidad ni fuera de propósito recomendar la lectura » de estas observaciones á los que han censurado tan se- » veramente el sacrificio á que se resolvió S. M. (Fernan- » do VII) determinando su ida á Bayona, y queriendo » mas bien exponer su persona y su trono que provocar » una guerra, que segun todos los cálculos de la pruden- » cia humana habria debido ser funesta. » (Pág. 118.)

He aquí pues un argumento que se viene delante de los ojos. Fernando VII contaba y debió contar con toda popularidad que las circunstancias le dieron á gozar en su advenimiento al trono; y puesto al frente de sus reinos hubiera duplicado aquel furor y aquel arranque nacional que los hizo batallar con tanto esfuerzo, huérfanos, solos, sin centro de reunion, sin mas que un nombre proclamado. Carlos IV no se encontraba en tan dichosa situacion; si hubiera hecho la guerra se habria tenido por locura, y la guerra no hubiera sido nacional; le habria faltado el grande apoyo de la opinion del pueblo, y sin duda la habria tenido en contra, enervada su autoridad por el descrédito que le movian sus enemigos, y faltándole todo medio posible de persuadir á la nacion el gran peligro en que se hallaba. Todo el mundo admiraba á Bonaparte, nadie esperaba de él sino favores y grandeza para España; creian en fin los mas que era llegada la ocasion en que debía mostrarse agradecido, cual lo habia hecho en otras partes con sus demas amigos y aliados.

Dije ya en otra parte (1) que el príncipe de Maserano, excelente sugeto para ejercer la dignidad de embajador en circunstancias ordinarias, no era bastante en aquel tiempo para cumplir todas las cosas, y para trabajar en lo encubierto y al desgaire, como Izquierdo. Su misma posicion se lo estorbaba y se lo habria estorbado á cualquier otro en igual puesto. Llegada pues á aquella corte nuestra accesion definitiva á las proposiciones de la Francia si se obstinaba el Portugal en resistir á las demandas hechas, mas con la condicion de consignar antes de todo en un tratado las condiciones, el objeto y las resultas de aquella grave empresa, Napoleon hizo llamar á Izquierdo con gran priesa. Este se hallaba prevenido por mi parte para obrar y conducirse de la manera que lo hizo. «Ha recibido V. poderes, » le preguntó Napoleon, para el tratado que ha de » hacerse? ¿Le han dado á V. las instrucciones ne- » cesarias de su corte? — Señor, le respondió, no ten- » go mas poderes que los que recibí, va ya cerca de » año y medio, para refundir de nuevo, como V. M. » habia propuesto, el antiguo tratado de alianza he- » cho con la república, y equilibrar mejor sus car- » gas y ventajas entre las dos potencias (2). Tengo » aviso de que va á hacerse otro tratado relativo al » Portugal, y se me dice que la intencion del rey

(1) Tomo IV, cap. XXIV, págs. 224 y 225.

(2) Véase el mismo capítulo XXIV ya citado, pá-
ginas 224 y 228,

» mi amo es que el tratado se celebre de su parte por
» quien fuere mas agradable á V. M., ya sea el
» embajador ordinario, ya el duque de Frias que
» deberá llegar muy pronto para felicitar á V. M.
» por sus gloriosos triunfos, ya sea yo, ó qualquier
» otro sugeto que merezca confianza de ambas par-
» tes. Yo iba á dar cuenta de esto al ministro de
» V. M. al propio tiempo que V. M. se ha dignado
» llamarme.

» — Pero instrucciones, instrucciones son precisas,
» dijo el emperador; yo elijo á V.... no tengo con-
» fianza en Maserano; cuando no cuenta lo que pasa
» se lo conocen todos en su rostro.... Sin tardanza,
» señor Izquierdo, pida V. poderes nuevos, no son
» bastantes los antiguos, hay muchas cosas nuevas
» que es preciso que se arreglen. Me matan las tar-
» danzas, es menester que hablemos y que vuelen
» los correos. » Napoleon cerró entonces una puerta
que estaba medio abierta, y comenzó á explicarse
de esta suerte: « Los ingleses nos ganan por la ma-
» no, ellos no pierden tiempo; V. ve bien lo que ha
» pasado en Copenhague.... Yo que habria podido
» anticiparme, ocupar el Holstein y hacer marchar
» el ejército danés para cuidar de la Zelandia, me
» abstuve por respeto á la neutralidad de Dinamar-
» ca. Los Daneses desconfiaron del que era amigo
» suyo verdadero.... esto me pasa en todas partes....
» es necesario que me enmiende. .. sí, que me en-
» miende de ser bueno.... Vea V. allí una buena ar-

» mada que se ha robado al continente. Despues
» querran hacer lo mismo en Portugal.... poner tal
» vez en aquel reino el teatro de la guerra esperando
» mejor tiempo para urdirla en otras partes. Me pe-
» san en el alma los dos plazos nuevos que he otor-
» gado, para resolverse, al príncipe regente; el pos-
» trero se va á cumplir, y es ya forzoso que mis tro-
» pas marchen y que estén listas las de España....
» bien entendido desde ahora, que aun cuando se
» someta á las intimaciones hechas, debemos ocupar
» el Portugal y guarnecer sus puertos: no que yo
» crea que se someta. Dia por dia tengo noticia de
» lo que allí pasa; cuantas respuestas han venido son
» dictadas por el embajador ingles que aun se pasea
» en Lisboa. No hay mas medio para quitar el Por-
» tugal á la influencia de Inglaterra que sojuzgarlo
» enteramente, repartirlo: y establecer en él dos ó
» tres feudos para España. Yo para mí no quiero
» nada; se me presenta la ocasion de resarcir á vues-
» tro rey de las inmensas extorsiones que le está cau-
» sando la Inglaterra, y mi resolucion está tomada
» acerca de esto.... queda no obstante un sacrificio
» que yo tengo que pedir á mi aliado, si es posible
» que por tal lo tenga en su política.... me es preci-
» so apartar tropiezos en mi imperio, necesito que
» sea homogéneo. Despues que Nápoles está inclui-
» do en mi sistema; el gran ducado de Toscana no
» tiene ya importancia para el rey de España; la
» Etruria aislada y enclavada en el imperio seria una

» extravagancia : las cosas han venido de esta suerte.
» Mi intencion es que sirva á España de defensa
» aquella rama de su casa, dándole en Portugal una
» porcion equivalente.... no haga V. aspavientos.
» ¿Qué reparo podria oponer el rey de España á
» esta medida de política que aumentaria su fuerza
» en la Península, sin causar ningun agravio á su
» familia? Hábleme V. con libertad, dígame V. lo
» que quisiere.

» — Señor, respondió Izquierdo, en el carácter
» del rey mi señor domina siempre un sentimiento
» escrupuloso de justicia, superior enteramente á las
» combinaciones de política cuando se toca en el de-
» recho de tercero. La mejor garantía de su amistad
» y de sus relaciones con la Francia y con la Euro-
» pa toda, es la regla inmutable que siempre se ha
» propuesto de respetar ese derecho. Yo no sé si se
» creará S. M. con facultades para tratar contra el
» derecho tan fundado que goza, no su hija, sino el
» legítimo heredero del ducado de Parma, hoy rey
» de Etruria, por pactos y convenios ajustados so-
» bre aquel derecho primitivo que el rey no será
» dueño de quitarle sin que se ofusque su concien-
» cia. Despues, señor, recompensarle á costa de otro
» estado en donde está reinando otra hija suya....

» — Y bien, le interrumpió el emperador, V. po-
» drá decir, que lo que es cargo de conciencia, yo
» lo tomo por ante Dios y ante los hombres. Yo soy
» quien hago la injusticia, si por tal se tiene; la paz

» de Europa y el sistema del imperio requieren esta
 » mudanza. Si S. M. católica no la aprobare, me en-
 » tenderé con los de Etruria y les daré su equiva-
 » lente en Alemania. Bajo de tal concepto, ¿no seria
 » mejor que el rey de España juntase su familia, y
 » que esa rama, sin ningun influjo ya en Italia, lo
 » tuviese en la Península? Vea V. mi intencion ne-
 » ta.... voy á decirlo todo y á ligarme: tres estados
 » en Portugal en vez de uno, todos tres enfeudados á
 » S. M. católica. A los de Etruria, la provincia de
 » *Entre Douro é Minho* con la ciudad de *Oporto*: las
 » provincias de *Beira*, *Tras os Montes* y la *Extre-*
 » *madura portuguesa*, para la casa de Braganza, si
 » no se hiciese enteramente indigna de este mira-
 » miento: el *Alentejo* y los *Algarbes*.... tal vez pen-
 » sará V. que para alguno de los míos.... tampoco....
 » todo para la España.... para el ministro á quien
 » mas ama S. M. católica, al que hizo entrar en su
 » familia. Le ha servido fielmente y allí tendrá un
 » amigo verdadero. ¿Se negaria tambien á esto Cár-
 » los IV? ¿Vuestro Príncipe de la Paz desdeñará ser
 » príncipe de los Algarbes?

Izquierdo respondió: «V. M., señor, es genero-
 » so sin medida, ¿quién podría dudarle? pero el
 » Príncipe de la Paz.... conozco mucho su carácter...
 » podrá temer con fundamento que le arguyan al-
 » gun día de haber sacrificado el Portugal aconse-
 » jando al rey prestarse á la desmembracion de aquel
 » estado para tener allí su parte....

« — ¡Bueno sería también, replicó Napoleón, ha-
» cer la mueca á una corona por el que dirán las
» gentes! Yo no comprendo á ustedes.

» — Pero en España, dijo Izquierdo, se piensa de
» otra suerte que en lo demás de Europa; la opinion
» es un freno en mi país que lo sujetaba todo...

» — ¿Y qué opinion es esa? preguntó Napoleón,
» de muy mala catadura. ¿Es que en España se cree-
» ria que para hacer la guerra en Portugal á mi
» enemigo necesito yo comprar vuestro ministro?...
» Señor Izquierdo, yo no preciso á Carlos IV, ni á
» su ministro, ni á ninguno á hacer la guerra; si el
» rey no quiere hacerla, me sobra con el paso por
» sus tierras, que ni en las reglas del derecho me
» podría rehusar en modo alguno, ni menos impe-
» dírmelo con armas. ¿Habrá alguno de tan corto
» alcance entre los españoles que piense de otro mo-
» do?... Pero en fin, por lo que valga, vea V. mi
» pensamiento; no se dirá que no soy franco.... tan
» favorable para España como V. me encuentra, me
» es necesario prevenirme contra todos los eventos.
» Vuestro Príncipe de la Paz está ya usado; ha he-
» cho grandes servicios, ha libertado á España de
» las revoluciones de la Europa; pero además de es-
» tar usado, tiene muy fuertes enemigos en su pa-
» tria: la grandeza y el clero están en contra suya,
» y más que todos, el Príncipe de Asturias. La Es-
» paña no está lejos de una grande intriga que fo-
» mentan los ingleses. Hay entre la grandeza algu-

» no que, apegado de todo corazon á la Inglaterra,
» querria tentar una mudanza intempestiva para
» hacer algo parecido á la constitucion inglesa; no
» que la tal persona y su partido se propongan ha-
» cer algo por el pueblo, de nada estan mas lejos;
» lo que ellos quieren solamente es conservar sus
» grandes rentas, afirmar sus privilegios, y esta-
» blecer la oligarquía (1). A falta de otros medios y
» recursos que impedia la guerra de los mares, se
» ha tocado al clero, y al presente se está tocando á
» la nobleza. Yo no digo que no sea justo; sé bien
» que no se trata, en cuanto á esto, sino de poner co-
» bro á las usurpaciones de los grandes, y de su
» vuelta á la corona; pero el Príncipe de la Paz se
» compromete mucho, y estas irritaciones de los
» unos y los otros podrian dar un estallido. Una re-
» volucion en las presentes circunstancias abriria á
» los ingleses ancho campo; mi objeto es impedirlo.
» Váyase á Portugal vuestro generalísimo, quitemos
» un pretexto á tan rabiosos enemigos como tiene;

(1) Aunque Napoleon se abstuvo de nombrar personas, aludia (mas informado de estas cosas que nosotros), al duque del Infantado, sin poder quedar duda. Mas que esto debia saber Napoleon por su embajador Beauharnais, sobre la virada que habia hecho aquel partido en favor suyo; pero aun callando acerca de esta novedad, se le escapó en el torrente de la conversacion alguna enunciativa harto significante, como podrá observar el que lea atentamente.

» yo arreglaré con Cárlos IV la manera de dar ins-
» tituciones á sus pueblos, y lo haré de tal modo
» que esos guapos doblen la rodilla ante ese rey que
» no merecen.... ; Cobardes !... si fuese yo capaz de
» oírlos.... apenas pasa una semana sin que no re-
» ciba algun anónimo para hacerme dudar de la
» lealtad de Cárlos IV (1); y en verdad que á creer-

(1) A propósito de estos escritos referiré una rara escena que yo tuve con Mr. de Beauharnais. Poco despues de haber llegado á París el emperador, vino este embajador á visitarme un dia, sin mas objeto que contarme que se escribia en Madrid en contra mia para indisponerme con su amo. Díjome que habia sabido de un *libelo*, que algunos malévolos trataban de enviar derechamente al mismo emperador en daño mio; que habia llegado una persona á interesar á un guardia de corps de la compañía Flamenca para que tradujese en buen frances aquel escrito, que este guardia se habia negado á hacerlo; que no sabia su nombre; pero que á mí me seria fácil inquirirlo, y que á este fin me lo avisaba. Respondíle que mi cuidado se extendia tan solo á conducirme noblemente, sin ocuparme en perseguir á nadie; que yo debia fiar en su amistad, seguro como podia estarlo de que el emperador daria mas fé á sus relaciones que á chismes y libelos, y que por otra parte, mi deseo constante era de retirarme; que si no lo habia hecho ya mas antes, era tan solamente porque el rey me lo estorbaba, y que despues de todo no me vendria muy mal que mis contrarios me procuraran por tal modo lo que yo tanto deseaba. Despues de aquel dia Mr. de Beauharnais dejó ver una frialdad bien pronunciada en las tales cuales relaciones que tenia conmigo, y esta frialdad se fué aumentando sucesivamente. Yo no he dudado nunca de que